

CARTA AL CORONEL QUE NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA*

Entre el diario y las cuentas del otro

MARIO BERNARDO FIGUEROA

Psicoanalista

Prof. Universidad Nacional de Colombia - Bogotá

mbfigueroa@hotmail.com

LETRE DIRIGÉE AU COLONEL À QUI PERSONNE N'ÉCRIT

Entre le journal et la comptabilité de l'autre

Votre cas, Monsieur le Colonel, est peut-être le plus célèbre et qui représente celui de beaucoup de colombiens qui sont à l'attente d'une écriture, d'une "lettre en souffrance" qui viendrait racheter quelque chose de son histoire et à rétablir sa dignité de sujets. Ce qui est attendu n'est pas une simple missive mais la possibilité de se tirer du simple enregistrement dans la comptabilité d'une économie destructive et du comptage des biens. C'est la quête d'un espace pour inscrire la vie et la mort au-delà de la constante répétition des mêmes souffrances qui ont pris des dimensions sociales. Ce n'est pas parce que votre cas est littéraire que ça nous empêchera d'y trouver, ainsi qu'avec d'autres de nos lettres colombiennes, les lumières qui nous forcent à vous prendre à la lettre. Cette lecture m'a poussé à vous écrire ces quelques mots. Je souhaite de ne pas vous importuner avec, et vous prie de comprendre ce qui m'a décidé à vous proposer l'interprétation que la vôtre a fait naître en moi.

LETTER TO THE COLONEL WHO NO ONE WRITES TO

Between the diary and the account book of the other

Your case, Colonel, is perhaps the most famous of all and represents that of many Colombians who are waiting for a writ, lost in the dead letter office, to redeem them from their history and reestablish their dignity as subjects. They are yearning not just for a simple message, but for the possibility to stop being mere entries in the account books of a devastating economism, assets in a ledger; they aspire to a space in which to inscribe life and death beyond the constant repetition of the same sufferings that have taken on social dimensions. That yours is a literary case will not prevent us from finding in it the light that it sheds, together with others in our Colombian letters, obliging us to take it literally. It was this reading that gave me the impulse to write you these lines; I hope I haven't been importunate and that you understand what has impelled me to propose the interpretation elicited in me by yours.

* Texto presentado en «Lo escrito, escrito está: Jornadas sobre escritura, letra e inconsciente». Universidad Nacional de Colombia, noviembre 5 y 6 de 1999. Se recomienda leer el texto "El Coronel de Arturo Ripstein o del hallazgo de la letra", publicado en esta revista, págs. 224-235 .

Santafé de Bogotá, noviembre 5 de 1999

Respetado señor coronel:

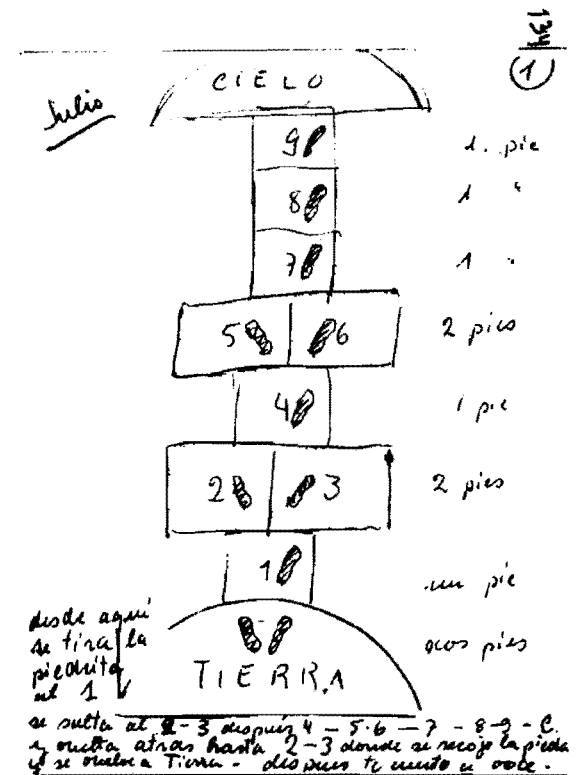
De seguro es un atrevimiento de mi parte dirigirme a usted. Venir a asumir que después de tanto tiempo, tanto que ya casi es su apellido ese "... no tiene quien le escriba", me arrogue yo esa facultad. Seguramente otros muchos ya lo han hecho, empezando por aquel escritor que difundió magistralmente su historia y al que para nada intento emular aquí. Es posible también que mucha de esa correspondencia se haya extraviado y no hay ninguna razón para suponer que este intento sí logre llegar a su destino. Pero me veo obligado a escribirle esta carta al no encontrar otra forma de dar curso a las preocupaciones que me ocupan y que giran en torno a las dificultades por las que atraviesa nuestra sociedad colombiana y a mi intento de hallar algunas luces en nuestra literatura, es decir, en las letras colombianas.

Allí su historia, señor coronel, ocupa un lugar importante, curioso además, ya que la forma como entró a participar en ella fue la de una ausencia... la del escrito que falta, que no aparece, la de la espera eterna que impidió que alguno de esos incontables viernes llegara a su pueblo la anhelada correspondencia.

No sólo esperaba usted una misiva o una comunicación oficial; le habría bastado con encontrar alguna noticia en los diarios. Lo indicaba la avidez con que junto con su esposa se daba a la tarea de revisarlos cuando el médico del pueblo, en un acto de solidaridad, se los regalaba, consciente como estaba de su necesidad de ver escrito su nombre o el del grupo de veteranos del que usted hizo parte.

Es porque conozco el valor que usted daba a los diarios en esa espera que señalaba el drama de su existencia sin escritura que paso a referirle el de otros personajes, uno anterior a usted, el señor Arturo Cova, y otro que lo ha sucedido: Maqroll el Gaviero. Hemos sabido de la existencia de estos dos sujetos por el hallazgo de sus respectivos diarios, ciertamente no de periódicos, sino de esos escritos personales donde cifraron las vicisitudes cotidianas de sus travesías, puesto que los dos estuvieron conminados por el destino a ser viajeros, con vocación un poco de poetas, un poco de filósofos, pero terminaron siempre recorriendo nuestra geografía en ocupaciones propias de colonos, traficantes, buscadores de tesoros y arrieros.

Usted, señor coronel, que recorrió parte del país en compañía del coronel Aureliano Buendía, tal vez recuerde ese barco a medio sepultar hallado por José Arcadio, el padre, en la mitad de la selva, sin que nadie pudiera explicarse cómo vino a parar allí... éste le puede dar un indicio del tenor de estos otros dos personajes, pues el que se hizo llamar el Gaviero, aunque se creía marino, no logró nunca relatar en su diario



Dibujo de Julio Cortázar

Bogotá Agosto de 1868.

Al Sr. Luciano Ribero
Sr. J.
Su amigo y
compañero,
Isaac.

Jorge Isaacs

otras aventuras que no fueran en la selva, páramos, minas o puertos del trópico, como si ese barco selvático hubiera sido el único que le prestó su gavia desde su precaria y enmontada sepultura.

Si usted se ha hecho célebre por esos diarios y cartas que no le llegaron, no fue muy distinto el sino de estos dos personajes. También ellos reclamaban o denunciaban la ausencia del Estado en la tarea que le correspondería de inscribir de una manera digna a sus ciudadanos y la dificultad de nuestra sociedad para dar un lugar de escritura a sus miembros, para escribir su historia, hasta para definir y trazar los mapas de su geografía. Y más allá de esto, la ausencia de una inscripción en el Otro o la forma amañada y tramposa como a veces ésta se realiza. Ya verá usted a qué me refiero si más adelante logro transmitírselo. Sólo que en el caso de ellos, ante la falta de ese diario, se dieron a la tarea de escribir los respectivos.

De los dos, aunque separados por más de medio siglo en la fecha de sus publicaciones, hemos sabido únicamente por sus diarios y en ambos casos, tras las penurias de sus jornadas, únicamente sus manuscritos se salvaron. A uno se lo tragó la selva, junto con sus amigos, su mujer y su hijo recién nacido. El otro desapareció y las noticias sobre su muerte son inciertas, pero todas refieren un final de cuerpo despedazado, hinchado, abandonado a las inclemencias del tiempo y al apetito de los carroñeros. En los dos casos... sin sepultura, o mejor, sin otra que la de sus escritos, destino compartido además por la mayoría de los individuos que figuran en sus relatos, incluidos sus mejores amigos. A pesar de esto, los diarios se salvaron, como le contaba. Usted puede juzgar la increíble fuerza que deben contener secretamente estas escrituras, misma que seguramente percibía usted al sobreponerse a su mal de estómago, a su orgullo y a su hambre, para salir todos los viernes, día de arribo del correo, a esperar esas letras.

No crea usted que fue para ellos tarea fácil escribir todas esas líneas que hoy podemos encontrar en las librerías en pomposas ediciones bajo los títulos de *La vorágine* y *La nieve del almirante*. Empezando porque los dos, a pesar de creerse un poco poetas (como ya le conté), no tuvieron la precaución de llevar a mano lápiz y papel en sus correrías, tenían dificultad para encontrar con qué y en qué escribir. No disponían, como sí usted, de “[...] una compostura aplicada, puesta la mano con la pluma en la hoja de papel secante, recta la columna vertebral para favorecer la respiración, como le enseñaron en la escuela”¹. El Gaviero escribió buena parte de su diario en un lanchón que remontaba el Xurandó; tal vez por eso su letra menuda era “un tanto temblorosa, febril, [...] trazada con lápiz de color morado, de vez en cuando reteñido con

1. Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, Santafé de Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1994, pág. 31.

saliva por el autor de los apretados renglones”². Arturo Cova tampoco escribe sin apremios: lo hacía un poco a escondidas de los criminales explotadores del caucho que lo tenían semipreso y a quienes ocultaba el verdadero contenido de sus notas, en las que refería, además de sus dramas en los llanos y en la selva, las torturas y asesinatos que estos empresarios realizaban sobre indígenas y caucheros. De enterarse de lo referido en ellos, lo habrían torturado y rematado sin compasión³.

Los dos tienen que sustraerle lápiz y papel al poderoso, al gran Otro: Maqroll se ve en aprietos para pedir regalado un lápiz al Mayor del ejército que ha acabado de ejecutar sin la más mínima forma de juicio a dos sujetos, economizando trámites. Aunque este militar luego lo va a tratar a él más amistosamente, es natural que temiera en estos momentos interpelar su poder omnímodo. No se imaginaba, nos dice, “[...] solicitando ese favor, tan simple y tan candorosamente personal, al autoritario Mayor”⁴. Al final se sobrepone al temor y hace la petición a través de un soldado, quien luego regresa con el encargo y la siguiente recomendación: “Se los envía mi Mayor y le manda decir que le sirvan para apuntar lo que debe y no lo que quiere”⁵. Usted, estimado coronel, debe ser sensible a estas dificultades, no sólo porque conoce la rigidez y despotismo de la vida militar, sino porque tuvo que vencer el mismo temor cuando, hartado de tantos años de espera, se decidió a cambiar de abogado y escribir personalmente una carta, de su puño y letra, para solicitar nuevamente la pensión a la que tenía derecho y que no le llegaba a pesar de estar ya aprobada como ley de la República, ley escrita pero no cumplida, como tantas de las nuestras. Como en el del Gaviero, se trataba en su caso, señor coronel, de impugnar, aunque respetuosamente, ese poder representado aquí por los militares de alto rango. Notará que en el recado que le mandó el Mayor con el lápiz, se advierte esa tensión entre lo personal e íntimo que quisiera escribir y lo que debe escribir. Como si el deseo estuviera censurado en su paso a la escritura por el poder del Otro que dicta sólo las letras que se deben. Tal vez esto último se pueda entender en los dos sentidos de las palabras “letras que se deben”, porque es también de una deuda de lo que se trata. Esto mismo le sucede a Arturo Cova; un militar, el general Vácares, le dice de igual modo lo que debe escribir en su diario⁶ y las demandas que debe pasar por escrito. Fíjese usted, señor coronel: si los estudiosos dicen que en su origen la escritura estuvo ligada a la ley, en sus casos vemos cómo, por un lado, la ley se escribe para no cumplirla, y por otro, a estos personajes les ha tocado buscar la forma de transgredir la amañada ley de estos militares para poder representarse un poco en un papel, eso que usted mismo dejó consignado cuando “[...] trató de raspar las palabras disueltas [porque una gota de sudor le cayó en la carta sobre la tinta ¿recuerda?], pero hizo

2. Álvaro Mutis, *La nieve del almirante*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1994, pág. 12.

3. José Eustasio Rivera, *La vorágine*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1984, pág. 241.

4. Álvaro Mutis, *La nieve del almirante*, *op. cit.*, pág. 44.

5. *Ibíd.*, pág. 47.

6. José Eustasio Rivera, *La vorágine*, *op. cit.*, págs. 238 y 242.

7. Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, op. cit., pág. 31.

8. Álvaro Mutis, *La nieve del almirante*, op. cit., pág. 44.

9. José Eustasio Rivera, *La vorágine*, op. cit., pág. 240.

10. *Ibíd.*, pág. 241.

un borrón. No se desesperó. Escribió una llamada y anotó al margen: «derechos adquiridos». Luego leyó todo el párrafo»⁷.

¿Por qué, estimado coronel, esos derechos adquiridos tienen que ir al margen y desde un borrón? ¿Por qué hay que intentar raspar esas letras? ¿Por qué estos escritos con las demandas al Otro, que portan un deseo, en nuestros casos, deben ir alimentadas con esa gota de sudor, o de saliva como en Maqroll, con ese producto del cuerpo, ese aporte de sufrimiento que disuelve las palabras para dejar acaso la sola letra del borrón y tener que escribir, al margen entonces, los derechos adquiridos?

Seguramente usted, coronel, sabe por qué se decidió a escribir o por qué esperó durante tanto tiempo a que le escribieran, pero ¿por qué escribían diarios estos dos señores de los que le estoy contando? Hay razones explícitas en sus escritos, pero otras no tanto. Nos dicen que lo hacían para aliviar el hastío⁸, o para “distraer la ociosidad”⁹. Arturo Cova dejó consignado que iba exponiendo sus desventuras (que no fueron aventuras en su caso), “[...] con pesadumbre, al ver que mi vida no conquistó lo trascendental y en ella todo resulta insignificante y perecedero. Erraría quien imaginara que mi lápiz se mueve con deseos de notoriedad, al correr presuroso en el papel tras de las palabras para ir las fijando sobre las líneas”¹⁰. Tampoco para el Gaviero figuración y fama fueron móviles a la hora de escribir; menos aún en su caso, quien hizo de la desesperanza su única doctrina. Al contrario, para los dos lo efímero de las ilusiones es una certeza que los atraviesa.

En algún momento cree Maqroll que escribe para su amada Flor Estévez, a quien ha dejado sin saber bien por qué. Cova cree, por su lado, que escribe para un amigo de infancia y adolescencia que por esos azares del destino ha encontrado luego de muchos años en este apartado lugar de la manigua, más muerto que vivo y casi completamente ciego. Se llama Ramiro Estévanez. (No se detenga coronel en la homofonía de los apellidos de estos personajes tan distantes; también son cosas del azar de la letra y ni Melquíades, ni sus sabios babilonios seguramente le podrán dar las claves con que comprenderlas.)

Arturo Cova, como le decía, escribe para este amigo y, viéndolo bien, es como si escribiera para él mismo, ya que ve en él una suerte de hermano; es, creo, algo así como su doble, un poco como Maqroll, quien considera que escribe para su amada; son los soportes imaginarios para la escritura, es un ingrediente de amor en juego en ella, narcisístico, dirían los entendidos de ahora. Pero no hay que dejarse confundir por esto, porque si bien está presente, no es el determinante en ella. Usted sabe, como yo, apreciado coronel, que el amor y el odio son cosas que nos ponen a

escribir, pero si junto a la rabia pueden servir como disparadores, su resorte fundamental, en estos casos por lo menos, está en otro lugar. Observe cómo continúa este fragmento del diario de Arturo Cova: “No ambiciono otro fin que el de emocionar a Ramiro Estévez con el breviario de mis aventuras, confesándole por escrito el curso de mis pasiones y defectos a ver si aprende a apreciar en mí lo que en él regateó el destino, y logra estimularse para la acción [...]. Su vida [...] carece de relieve y de fascinación; ni un episodio característico, ni un gesto personal, ni un hecho descollante sobre lo común. En cambio, yo sí puedo enseñarle mis huellas en el camino, porque si son efímeras, al menos no se confunden con las demás”¹¹.

Fíjese coronel que más allá del intento en espejo de animar al otro con su escritura, quiere revivir a un hombre que está muerto en vida, como lo están prácticamente todos los personajes de *La vorágine*. Pero además de pretender infundir con su escritura un soplo de vida al vivo-muerto, escribe para “enseñarle [sus] huellas en el camino [que] al menos no se confunden con las demás”. Entonces coronel, escriben para dejar huella, escriben para escribir, o como dejó consignado el Gaviero al final de su diario: “Algo ha terminado. Algo comienza. Conocí la selva. Nada tuve que ver con ella, nada llevo. Sólo estas páginas darán, tal vez, un desteñido testimonio de un episodio que dice muy poco de mi malicia y espero olvidar lo más pronto posible”¹². De modo que como Borges¹³, el Gaviero escribe para olvidar, para borrar algo en él pero -y esto es lo fundamental- dejando testimonio.

Es una curiosa forma de olvidar, dejando huella o testimonio. Tal vez sea la única efectiva, tal vez sea la única que nos permite dormir tranquilos. Usted recordará, señor coronel, cuando a su pueblo le llegó esa peste del insomnio. Perdieron la posibilidad de dormir y también, claro, la de soñar; trataban de hacerlo despiertos, pero no lo lograban y, al tiempo, se les iba perdiendo la memoria. Recordará las peripecias del viejo José Arcadio para ponerle a cada cosa un letrero con el nombre y luego con la descripción de su función. Tenía razón porque la memoria es escritura, pero se equivocaba porque es una escritura que está en otra parte y no se puede o no basta con pegarla a las cosas. De manera que ésta no era una buena forma de olvidar. Era un olvido que les iba poco a poco quitando espacio, que los iba borrando a ellos mismos como sujetos, como fueron quitándole el suyo, coronel, manteniéndolo olvidado. Y era lógico porque no soñaban y el soñar, como demostró otro sabio (no babilónico, como los de Melquíades, sino vienés), es el guardián del dormir y una forma de tramitar lo olvidado en un lugar para escribirlo en otro, en otra escena distinta a la de la vida diurna consciente.

11. *Ibíd.*, pág. 241.

12. Álvaro Mutis, *La nieve del almirante*, *op. cit.*, pág. 117.

13. “Escribo un libro para librarme de él, para olvidarme de él”. Jorge Luis Borges en entrevista de la Radio Nacional de España.

el guerrero - I - Anti-humano

Anti-Dios, Contra-Cristo, ~~Anti-humano~~

Redes Anti-pueblo, ~~Anti-humano~~

ejeric el ~~Anti-humano~~ ^{en aquel anti-pais,}

anti-na non, ~~Anti-humano~~ ^{en tiempos prehistóricos} porque

su gobierno ~~Anti-humano~~ ^{contra todo y controlados,}

~~no tiene fin, era~~ ^{Anti-humano} ~~Anti-humano~~

Anti-se dolia, ~~Anti-humano~~ ^{con sus anti-amigos (a nabae}

llamo amigo) ~~Anti-humano~~ ^{de su anti-familia (a nabae)}

dero pariente) ~~Anti-humano~~ ^{de su partidario-anti}

~~Anti-humano~~ ^{no muy representado de}

sus anti-partidarios (que ~~Anti-humano~~ ^{no son partidarios, no}

tubo amor a los que le eran afectos, ~~Anti-humano~~

~~Anti-humano~~ ^{de los poria el "anti" después) ante}

todos sus anti, ~~Anti-humano~~ ^{Anti-humano} ~~Anti-humano~~

anti-todo lo que era y representaba el ~~Anti-humano~~

~~Anti-humano~~ ^{anti-niños,}

anti-honora, ~~Anti-humano~~ ^{anti-niños,}

anti-saqueos, ~~Anti-humano~~ ^{de la ley de los}

profetas, ~~Anti-humano~~ ^{y a guisa de Dios Anti-humano}

Anti-se ~~Anti-humano~~ ^{se mordía los labios color de parate negro,}

echando chispas por los ojos, las uñas

de sus dedos enterradas en las palmeas

de sus manos. ~~Anti-humano~~ ^{se dejaba de respirar por de aquí}

~~Anti-humano~~ ^{hombres y Dios, ven anti,}

~~Anti-humano~~ ^{o forma para ni las cenizas}

Miguel Angel Asturias

14. José Eustasio Rivera, *La vorágine*, op. cit., pág. 177.

Pero volviendo a nuestro tema, coronel, estos dos personajes de quienes le hablo escriben sus diarios para dejar una inscripción que los sobreviva y tienen que hacerlo arrancándole con dificultad un lápiz a ese Otro de poder irracional que los mantiene explotados y es el amo en la región. Es muy curioso coronel, pero no es una hoja cualquiera sobre la que rasguñan sus letras, sino que en sus casos tienen éstas una contextura muy particular y esa especificidad del material que soporta sus escritos guarda relación con lo que escriben. Es una relación de contigüidad, metonímica decimos en nuestra jerga, coronel. Algo se desliza del papel al escrito imprimiéndole su sello: los dos escriben sobre formas de contabilidad, el libro de caja del Cayeno, otro amo del caucho, en el caso de Arturo Cova, y facturas y formas de aduana en el caso de Maqroll.

Son entonces papeles que no están en blanco, no pueden escribir en hojas limpiadas, sino en aquellas ya marcadas, diagramadas, si usted quiere, con los parámetros del debe y el haber, con las coordenadas del Otro, en su perspectiva de contabilidad, donde él ha anotado las deudas y esa terrible plusvalía, que en el caso de los caucheros no es otra que el ser de la vida de sus esclavos. Permítame coronel le transcribo un párrafo de este diario mucho más elocuente que lo que yo pudiera transmitirle: "Mas el crimen perpetuo no está en las selvas sino en dos libros: en el Diario y en el HABER, ya que a muchos hombres se les lleva la cuenta por simple cálculo, según lo que informan los capataces. Con todo, hallaría datos inicuos: peones que entregan kilos de goma a cinco centavos y reciben franelas a veinte pesos; indios que trabajan hace seis años, y aparecen debiendo aún el mañoco del primer mes; niños que heredan deudas enormes, procedentes del padre que les mataron, de la madre que les forzaron, hasta de las hermanas que les violaron, y que no cubrirían en toda su vida, porque cuando conozcan la pubertad, los solos gastos de su niñez les darán medio siglo de esclavitud"¹⁴.

¡Estos son los libros sobre los que traza su escritura Arturo Cova! Maqroll lo hace sobre esas facturas y formas de aduana de las que podemos suponer que no siempre se diligenciaron con rectitud, conociendo como conocemos por su diario el carácter de contrabandistas de dos de los personajes que lo acompañaban en el lanchón del Xurandó, los cuales también, entre sus mercancías, acostumbraban vender indígenas.

Entonces, querido coronel, estos señores Cova y Gaviero escriben sus frases en el lugar de las cifras del amo y ciertamente fue ésta una clave que me ayudó a descifrar algo de lo que allí se intenta escribir.

Para redoblar este efecto, estos papeles llevan el membrete del Otro: en el momento en que se le han acabado las formas de contabilidad al Gaviero, nos dice: “Recurro ahora a unas cuartillas de papel de carta con el membrete oficial que el Capitán guardaba en un cajón con otros papeles relacionados con la lancha y con trámites aduanales. Me doy cuenta que me cuesta trabajo continuar este diario. En alguna forma, difícil de establecer, buena parte de lo que he venido escribiendo estaba relacionado con su presencia”¹⁵; se refiere a la presencia del Capitán que se acababa de suicidar. Era un muerto en vida que sólo se sostenía aferrado al alcohol y lo que escribía Maqroll en su diario tenía que ver con él, tal como ya le conté que le sucedía, por otro lado, a Arturo Cova con Ramiro Estévez; tenía que ver con esos dobles que les señalaban a ellos mismos algo que ya se moría en sus propias vidas.

Pero no nos extraviemos, coronel, le pido que me siga con cuidado. Estábamos en que escriben sobre los papeles de cuentas pero con el membrete del Otro, y Arturo Cova se divierte haciéndoles creer a sus captores, el general y la Madona, que relata en sus escritos hazañas de ellos y que solicita dinero y crédito a una multinacional del caucho, mientras que en realidad describe con detalle todos sus embustes y crímenes. Saca así partido de la imposibilidad de leer de sus amos, utiliza entonces la escritura como su mejor defensa. El general “apenas aprendió a dibujar su firma, sin distinguir las letras que la componen, y está convencido de que la rúbrica es elevado emblema de sus títulos militares”¹⁶. Observe coronel: en eso consiste la ventaja de Cova. Él sí puede leer las letras, no se queda pegado a la rúbrica, al dibujito o al membrete, no se deja atrapar en la forma de la firma, de la misma manera en que Maqroll, al comenzar a escribir en las “cuartillas con el membrete oficial” siente una particular dificultad, pero logra sobreponerse a ella y continuar.

Digamos que el poder de estos hacedores de diarios radica en no quedarse pegados de la letra en su puro carácter de trazo. ¿Recuerda usted en su pueblo a Aureliano Segundo Buendía? Pues bien, este Aureliano, como José Arcadio Segundo, se dio a la tarea de descifrar esos manuscritos, esos pergaminos que dejó Melquíades, en los que estaba escrito el destino de la familia y de Macondo y que sólo podrían ser leídos al cumplirse los cien años. Sí, eran cien años de soledad; fueron los cien años de un desciframiento, de una lectura y la novela del escritor que lo hizo famoso a usted y a su pueblo realmente es el recorrido de este desciframiento. Aureliano Segundo, le

15. Álvaro Mutis, *La nieve del almirante*, op. cit., pág. 97.

16. José Eustasio Rivera, *La vorágine*, op. cit., pág. 241.

17. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1984, pág. 150.

18. Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, *op. cit.*, pág. 8.

repito, se quedó prendado de las figuritas de esas letras extrañas en los pergaminos; se le antojaban “ropa puesta a secar en un alambre”¹⁷; fascinado por esto no logró avanzar un ápice en encontrar el sentido de esa escritura, en trascender la pesada dimensión de la letra que al mantenerse así, en fijación, es la que nos ata de manera indolente a un destino de repetición. Creo que comprende esto, coronel, porque el hecho de que usted lleve cincuenta y seis años (más otro tanto) esperando esas letras para leerlas, señala que también en su caso hay algo de la letra que está detenido, que no le llega, y mientras tanto y por eso, como le decía su esposa a usted mismo, coronel, los dos se estaban pudriendo vivos¹⁸. O sea que usted sabe qué es eso de los vivos muertos en vida y cómo se relacionan con la letra.

Por favor coronel, le ruego no se ofenda si le digo que usted estuvo un largo tiempo muerto en vida y que como estos señores Cova y Maqroll y los personajes que los rodean, su drama es el de evitar quedar entre dos muertes, la posibilidad terrible de que toda huella de su existencia sea borrada. Créame que no es por faltarle al respeto que le digo estas cosas, muy al contrario, es un intento de subrayar su dignidad. Es por eso mismo que estos señores escriben sus diarios y que usted espera el suyo; es la función que aquí tiene la escritura, la de sobreponerse al poder mortífero de la letra fijada, evitando quedar entre dos muertes. Por eso escriben sobre esos libros de cuentas y facturas de la muerte, de la contabilidad del Otro que hipoteca sus vidas, último y fundamental tesoro que más allá del caucho, del oro, de la madera o del banano, mueve esas economías, convirtiendo al cadáver o a los despojos humanos en tesoro. Escriben para rescatarlos de ahí, para que su huella no se pierda. Con la escritura del diario o incluso de la novela, intentan parar esa repetición que se vive en sus historias, que también son las nuestras.

Aunque le parezca asombroso, lo que acabo de señalarle no sucede únicamente en la historia de estos dos señores. Su pueblo mismo, señor coronel, como su caso, están llenos de episodios de similar talante. Fíjese que usted también lleva la cuenta de los muertos, y por eso el entierro de aquel trompetista con que se inicia el libro que lo hizo a usted célebre le pareció todo un acontecimiento, recuerde que usted justificó esa dimensión de acontecimiento explicando: “Es el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años”¹⁹ y que incluso a él se intentó negarle un funeral, se interrumpió el cortejo fúnebre porque dizque estaban en estado de sitio. Sencilla expresión de los ritos postergados.

Haga memoria, coronel, y verá cómo sus vecinos, los fundadores de Macondo, los Buendía, fueron todos muertos en vida y mal sepultados. José Arcadio, el padre,

19. *Ibid.*, pág. 9.

se encerró en vida hasta enloquecer descifrando los pergaminos y los libros de alquimia, para terminar sus días amarrado al castaño del patio, cuyas raíces le brindaron a su cadáver el refugio que le negó una mejor sepultura. A Pietro Crespi se le quiso privar del derecho al entierro porque su muerte tuvo la factura del suicidio. El cuerpo de José Arcadio Segundo fue lavado tres veces con jabón y estropajo, “después lo frotaron con sal y vinagre, luego con ceniza y limón y por último lo metieron en un tonel con lejía y lo dejaron reposar seis horas. [Después]... concibieron el recurso desesperado de sazonarlo con pimienta y comino y hojas de laurel y hervirlo un día entero a fuego lento [porque] ya había empezado a descomponerse y tuvieron que enterrarlo a las volandas”²⁰. A pesar de esto, su olor a pólvora persistió por años en los alrededores de la sepultura, como señalando tercamente que este muerto seguía vivo. Otro caso fue el de Rebeca que “cerró las puertas de su casa y se enterró en vida, cubierta con una gruesa costra de desdén”²¹.

Note coronel que todas estas señales del imperio del *entre dos muertes* en el que están atrapados estos personajes no paran aquí. Los lutos no eran en esta familia el signo de un ritual cumplido, sino que Úrsula y Amaranta los superponían continuamente constituyendo así un luto perpetuo que le quitaba la eficacia a la singularidad de cada funeral, como si se tratara de una eterna, constante y absoluta muerte.

No bastaba allí con los aparecidos, muertos vivos, ni con los vivos que están muertos, ni con negar el funeral, postergarlo o someter el cuerpo a manipulaciones extremas que señalan la perpetuación del sufrimiento; para que todas estas manifestaciones de estar entre dos muertes lo fueran realmente, iban acompañadas del propósito fundamental de no dejar huella del sujeto, ninguna inscripción, borrar la escritura. Es lo que pretendió su compadre, el coronel Aureliano Buendía. ¿Recuerda lo que hizo luego de que firmó su rendición en el tratado de Neerlandia? Enterró sus armas en el patio, repitiendo un gesto del padre que fue clave en el origen del pueblo y destruyó cualquier objeto que permitiera recordarlo, para luego intentar un suicidio, con tan mala suerte que el único órgano vital que inutilizó fue su espíritu, porque quedó muerto en vida en un encierro definitivo²².

Otro intento desesperado de borrar toda memoria fue el de Pilar Ternera, quien en cumplimiento de su expresa voluntad, cual versión criolla del marqués de Sade, se hizo enterrar sin funeral y sin ataúd, sin lápida, sin nombre y sin fecha, en medio de una pista de baile y bajo un montón de matas. Hasta Remedios, la bella, queda muerta en vida al subir en cuerpo y alma al cielo, sin dejar resto o rastro alguno.

20. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, op. cit., pág. 111.

21. *Ibíd.*, pág. 111.

22. *Ibíd.*, pág. 142.

23. *Ibíd.*, pág. 220.

Los ritos perdían su eficacia mientras su pueblo se desmoronaba, señor coronel, y esto a pesar de que Amaranta era una “virtuosa en los ritos de muerte”²³ y que también compartía el terror de ser enterrada viva. Observe el pasaje de *Cien años de soledad* que nos recuerda la queja de Hamlet por la premura de la boda de la madre enseguida de la muerte del rey: “No bien se habían enfriado los cuerpos de los Aurelianos en sus tumbas (los diecisiete hijos del coronel), y ya Aureliano Segundo tenía otra vez la casa prendida, llena de borrachos que tocaban el acordeón y se ensopaban en champaña, como si no hubieran muerto cristianos sino perros”²⁴.

24. *Ibíd.*, pág. 199.

La lista prosigue, estimado coronel, pero no lo canso más recordándole estos detalles dolorosos que usted debió conocer de directa fuente. Básteme señalarle que es de la escritura de lo que aquí se trata, y de las cuentas del Otro, coronel, esas malditas cuentas. Por eso Úrsula anotaba en una libreta de contabilidad las fechas y lugares de bautizo de los hijos del coronel Aureliano, reconstruyendo a partir de este itinerario la geografía de la guerra y luego, cuando éstos fueron asesinados uno a uno con frenteros disparos en sus respectivas cruces de ceniza, sacaba su libretica de cuentas y los iba tachando²⁵. La misma dinámica está en la obsesión que embargó a José Arcadio Segundo luego de ser testigo activo de la masacre de las bananeras. Desde este momento se encierra vivo entre los libros que lo salvan del ejército con el único propósito de descifrar los manuscritos, como si allí estuviera el secreto de tanta ignominia; su único logro fue el de encontrar, después de muchos años, la cifra exacta del número de muertos: “Tres mil cuatrocientos ocho”²⁶. También, como Arturo Cova o Maqroll el Gaviero, su empeño es el de relacionarse con la escritura para mantener esta memoria de los masacrados o para olvidarla de otro modo. Si bien a diferencia de ellos no lo hace escribiendo, sino descifrando, pero si usted lo ve con detenimiento no es tan diferente; además, porque se da a la tarea de enseñar las letras y la escritura al último Aureliano, ese bastardo al que Fernanda negó todo derecho a escuela y vida pública, manteniéndolo encerrado como vergüenza de la familia. Este niño también encontró refugio entre los libros (de nuevo el lado pacificante de la escritura), heredó la pasión por la lectura y la memoria, que en cambio les falló a todos los trascordados de Macondo, quienes insistían en que allí no había pasado nada.

25. *Ibíd.*, pág. 191.

26. *Ibíd.*, pág. 264.

Es tan implacable, señor coronel, la lógica de estas escrituras, que a riesgo de abusar de su paciencia le ruego que examine el caso de ese par de gemelos que fueron José Arcadio Segundo y Aureliano Segundo. Recuerde que los dos se parecían como dos gotas de agua y que incluso murieron en el mismo instante. Aunque en un momento sus estilos y destinos parecen distanciarse, estuvieron unidos más que nunca y

se cruzaban en una verdadera unidad trenzada. Siendo niños, mientras Aureliano Segundo se daba a la tarea de descifrar los pergaminos y charlar con el fantasma de Melquiades, José Arcadio Segundo iba con usted, señor coronel, a presenciar un fusilamiento; ¿sabe que éste fue el único recuerdo de infancia que subsistió en él y que desde entonces aborreció la guerra “no por las ejecuciones sino por la espantosa costumbre de enterrar vivos a los fusilados”²⁷? Luego sería él quien se encerraría al desciframiento, mientras su hermano se dedicaba a la parranda. Pero note que si en realidad eran uno este par de gemelos, hay señalada aquí una actividad simultánea: el hallazgo de la escritura y el horror a ser enterrado vivo, de nuevo, a quedar entre dos muertes, penando en vida. Mientras el hermano presenciaba el fusilamiento, Aureliano Segundo entraba al hasta entonces clausurado cuarto de Melquiades, descubriendo que en los anaqueles se conservaban “los libros empastados en una materia acartonada y pálida como la piel humana curtida, y estaban los manuscritos intactos”²⁸. ¿Podría quedar más sellada la articulación entre muerte y escritura que en este hallazgo? ¡Esos libros a los que había que arrebatarles su sentido, escritos en algo que es del orden de la piel humana! La marca de la letra es en el cuerpo y parece confirmarse el viejo dicho de que con sangre entra.

Esto persiste hasta el final de la obra, apreciado coronel, punto en el que, le confieso, no dejé de experimentar en mi reciente lectura un vago escalofrío, preguntándome cuál sería la realidad: yo, modestamente dedicado a descifrar estos textos y él, el último Aureliano, en la novela, dado a la misma tarea que se nos revelará vana cuando en el justo instante en que logra leer por fin con claridad y se le manifiesta el sentido, lo que va leyendo es la catástrofe que lo sepulta vivo instantáneamente, la insignificancia de la muerte. El fragmento que al fin se le reveló y a partir del cual cobró significado todo el pergamino, no habla sino de la filiación, la muerte y la ausencia de sepultura, en el inicio y final de las generaciones y dice: “El primero de la estirpe está amarrado en un árbol y al último se lo están comiendo las hormigas”²⁹.

El colofón de la novela certifica, coronel, la lectura que aquí propongo: “Pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o de los espejismos) sería arrasada por el viento y *desterrada de la memoria de los hombres* en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irreplicable desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”³⁰.

¿Pero qué es eso circular en esta ciudad de los espejos que es Macondo? ¿Qué moviliza ese eterno juego de reflejos? ¿Qué pone en marcha esa perenne repetición

27. Ibid., pág. 151.

28. Ibid., pág. 149.

29. Ibid., pág. 324.

30. Ibid., pág. 325. La cursiva es mía.

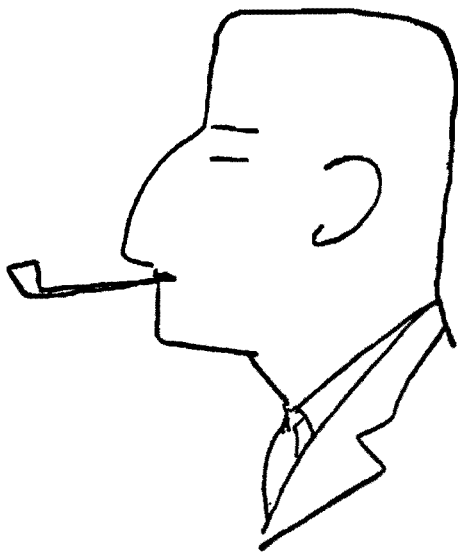
que le hace sentir a Úrsula que el tiempo no es algo que pasa, sino que es un retorno de lo mismo? ¿Qué nos lleva, en esa repetición de nombres, a pensar en todos esos Buendía como si fueran uno solo, perdiendo con frecuencia en la lectura, a pesar de la ayuda de árboles genealógicos anexos, los puntos de referencia, para determinar a cuál de todos estaba sucediéndole lo que el escritor relata?

Estimado coronel, en mis lecturas de *La vorágine* y de las novelas de Mutis, he ubicado en trabajos anteriores esa terrible economía que se revela en las cuentas, girando alrededor del tesoro. Éste se desplaza desde aquellos evidentes de las riquezas de la tierra, de la selva, de las minas, pasando por las mujeres, hasta llegar a las partes del cuerpo y a los restos, al cadáver. Pero su caso, señor coronel, unido a la lectura de *Cien años de soledad*, me ha permitido ubicar otro elemento un poco oscuro en esos diarios. Le voy aquí a rogar que se arme de paciencia y que de nuevo no interprete como impertinente lo que estas farragosas líneas le den a leer a continuación. Tengo para esto que metérmele al rancho en cosas que seguramente hieran su sensibilidad.

Le pregunto, coronel, ¿cuál era para usted el tesoro en juego en esos días también solitarios de su existencia? Nos ha sido referida su absoluta miseria económica y la constante espera de esa respuesta negada e incluso, no sé si tal vez más que negada, forcluída. Se nos ha dejado saber también del dolor por la muerte de Santiago, su hijo, en una riña de gallos, y de sus dudas en relación con este asesinato. Parecía que usted sospechaba que ese crimen estaba vinculado a otros diarios, no los comerciales, sino unos clandestinos, escritos en otra tinta, la del mimeógrafo, buscados por usted porque en ellos sí había noticias sobre el país; eran las letras de algún movimiento político censurado en el que participaba su hijo. La imposibilidad de esta otra escritura para salir a la luz pública, para ser leída fuera de los rincones, nos demuestra que en la muerte de su hijo también jugó un papel fundamental esa letra suspendida, “en sufrimiento”, como decía un psicoanalista, sacada de circulación o reducida a un circuito subversivo. ¿Pero qué lo sostenía a usted más allá de todo esto?

A esta altura seguramente ya habrá evocado la respuesta: ¡el gallo! Ese era su tesoro, al punto que se quitaba usted el pan de la boca para dárselo al animal, que soportaba los alegatos de su esposa quien lo conminaba a venderlo a pesar de ser el único objeto que les quedaba de su hijo.

Es claro para usted y para mí que ese gallo era más que un gallo. Había en él otra dimensión en juego que sobrepasaba la de un simple ejemplar valioso. Lo atestigua no sólo el cariño que usted le tenía, sino el hecho de que todo el pueblo giraba en torno a él, desde los chicuelos que se reunían alrededor del engalanado plumífero con el



William Faulkner

pretexto de entrenarlo, hasta el usurero del pueblo, su compadre Sabas, que le ofrecía, desde su espíritu de traidor político y delator, una suma cuantiosa por el animal, la cual fue modificando para rebajarla en la medida en que le veía a usted la necesidad en el rostro. El gallo era el orgullo del pueblo, todos esperaban su pelea con el ánimo de encontrar una pizca de revancha, un espacio para restañar su olvidada existencia y reconfortar sus narcisismos.

El gallo, en fin, señor coronel, tenía allí el estatuto de lo que los psicoanalistas llamamos el falo. Era una especie de moneda de cambio, de patrón de cambalache: se le fiaba a usted en las tiendas y se le decía: “no se afane coronel, el gallo paga”. Recibió un adelanto por su venta y realizó el trueque confirmando ese carácter fálico; se compró un anhelado par de zapatos que cual fetiche usted exhibió con vanidad, limpió y relimpió, para luego retornarlos a los turcos que se los habían vendido, intentando recobrar la cuota anticipada y deshacer ese mal negocio. Tuvo que decidirse a desprenderse de ellos, a aferrarse al hambre, a pasar sobre la cantaleta de su señora y a comerse por unos momentos su orgullo en espera de recobrar su dignidad.

Ya sé que estará asociando el falo con el pene y preguntándose de dónde he podido sacar esa especulación que liga a su animal de pelea con este órgano. Tal vez no logro mucho anticipándole que el psicoanálisis ha planteado que no son lo mismo, que el falo no está tan referido al órgano sino a su ausencia y que más allá de lo corporal donde sólo tiene un referente imaginario, está articulado al significante, o mejor, es él el significante que articula a los demás. Y el significante, coronel, es eso que está más allá de la letra y sin lo cual la escritura no sería posible, no pasaría de esa apariencia de ropa colgada en alambres y se quedaría fija, sin que nos pudiera remitir a sujeto alguno.

Pero también en su historia, coronel, están presentes elementos que señalan una articulación del falo a ese nivel imaginario de lo corporal. Ya en la segunda página se nos dice que usted tenía al gallo atado a la pata de la cama; sí, al lecho conyugal, podríamos enfatizar. Luego, cuando va a visitar al abogado que llevaba su demanda, el mismo que supuestamente lo representaba, en su desvencijada oficina usted encuentra, ¡también aquí coronel!, como en los casos de Cova, Maqroll y los Buendía, la persistencia increíble de ese mismo elemento, de un autor a otro, de una novela a la otra, encuentra, le decía, esos “viejos cuadernos de contabilidad” en cuyas hojas están pegados recortes del “Diario Oficial”³¹, como a la espera de que sea otro diario, el suyo, el que venga a subvertir esas cuentas. Mientras el tinterillo le saca excusas que ni él mismo cree, usted le replica: “Esto empieza a parecerse al cuento del gallo capón”³².



Henry Miller

31. Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, op. cit., pág. 27.

32. *Ibid.*, pág. 27.

¿De modo que así definió usted el drama de la querrela tan central en su historia? Usted conoce el significado de la palabra capón, definida por el diccionario como lo que se dice “del hombre y del animal castrado. Pollo que se castra cuando es pequeño y se ceba para comerlo [...]”³³. O sea que sí es la castración la que está aquí en juego y el gallo nos remite a ella; no sólo el capón, que está allí como en ese cuento o juego popular de retorno infinito, donde el gallo sólo funciona como operador para permitir un deslizamiento constante de otras palabras que no terminan de decir nada, pero donde se manifiesta esa función del falo en el hecho de que en este juego “el gallo capón” no es sino el significante que permite armar una lista, una serie y poder jugar con ella. No sólo la expresión gallo capón nos remite a la operación de la castración, sino también su gallo, el de pelea, su tesoro.

Esto, coronel, nos señala que si es de la castración de lo que se trata en las repeticiones que se continúan escribiendo en esas novelas, aquí ésta se hace evidente en cuanto algo en ella falla. Si su historia finaliza con la decisión de mantener el gallo, de desprenderse de esos zapatos, dejando en suspenso el resultado de la posible riña que todo el pueblo espera para jugarse sus ahorros, es este mismo el origen de Macondo en *Cien años de soledad*. Permítame que le refresque la memoria: año y medio después de la boda, en una rancharía cerca a Riohacha, Úrsula aún se conserva virgen y el rumor de impotencia se cierne sobre su esposo ante la amenaza de los posibles hijos con cola de puerco. José Arcadio ha asistido con su gallo a una riña, en la que su contendor, al ver derrotado a su pollo le grita delante de toda la gallera: “-Te felicito. [...] A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu mujer”³⁴. (Estará de acuerdo conmigo en que más claro no canta un gallo en cuanto a la relación gallo-falo.) El marido ofendido reta a duelo a su rival, lo mata con la lanza de su abuelo y regresa a su casa para obligar a la esquiva Úrsula a consumar la postergada relación sexual: “-Si has de parir iguanas, criaremos iguanas -dijo-. Pero no habrá más muertos en este pueblo por culpa tuya”³⁵. No obstante, el adversario asesinado no descansó en paz. Fue el primer muerto-vivo de esta gesta y su fantasma repetía las visitas aumentando el remordimiento de conciencia de esta pareja. Buscando darse tranquilidad y propiciársela al difunto, José Arcadio enterró su lanza ante el fantasma y degolló uno a uno todos los gallos de su criadero; prometiéndole no fastidiarlo más con su presencia marchó con su mujer y algunos amigos aventureros durante dos años. Atravesaron la sierra hasta fundar la aldea con paredes de espejo que un sueño le reveló la noche anterior, junto con un extraño nombre: Macondo. Desde entonces los gallos de pelea estuvieron prohibidos en la familia y nunca fue permitido criarlos en la casa.

33. Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, S.A., 1992, pág. 401.

34. Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, *op. cit.*, pág. 25.

35. *Ibid.*, pág. 25.

Observe, coronel, que también para ellos el gallo se constituyó en elemento central, en un tabú y con una dimensión que parecería convocar algunos aspectos totémicos, mito de fundación de la aldea, de la cultura macondiana; con una represión radical pero infructuosa que más bien es una renegación. Esa renegación está presente allí, recordándonos el pasaje del Nuevo Testamento sobre la triple negación del Cristo antes de que cante el gallo, cuando luego de escapar del tren de la masacre, al amanecer, “en tres cocinas donde se detuvo José Arcadio Segundo [...] le dijeron lo mismo: «No hubo muertos»”³⁶. Úrsula la mantuvo durante los cien años, ligando eso renegado a la virginidad, a la castración y a su falla, en la medida en que esta primera pareja no sólo estuvo unida por el amor, sino por un vínculo más fuerte: el crimen y “un común remordimiento de conciencia: eran primos entre sí”³⁷. Por eso el incesto le retorna continuamente a la descendencia y ese falo renegado hace sus estragos en cada emergencia con sus distintas formas, una de las cuales es la de la virgen, la mujer fálica: Remedios, la bella e indiferente, que como María Santísima hace su ascensión; Amaranta que muere solterona con su mano quemada y una venda como signo de su virginidad intacta, mientras en el fondo arde de deseo por su sobrino; Fernanda que por pudor confunde los órganos de adelante con los de atrás, despistando incluso a los médicos invisibles, únicos a quienes permitió infructuosamente aproximarse a su femenina anatomía.

Por eso Úrsula, muchos años más tarde, ubicará un cuaternario como causa de todas las calamidades de la estirpe: “la guerra, los gallos de pelea, las mujeres de mala vida y las empresas delirantes”³⁸, todos articulados entre sí. Por eso, coronel, el primer tesoro que encuentra José Arcadio dado a la quimera de desenterrar oro con el gigantesco imán que le compró a Melquíades, también lo confirma: sólo logró exhumar una armadura de guerrero soldada por el óxido, con un esqueleto en su interior que mantenía al cuello un relicario con un rizo de mujer: de nuevo los cuatro elementos entre los que el falo riza el rizo de toda esta lógica de repetición, como inadvertido pero eficaz tesoro que por renegado los lanza tras la búsqueda del oro, o del banano y de esa lista interminable de pretextos, de señuelos que engrosan las cuentas del Otro, señor coronel, a la espera de los escritores de diarios, poemas y novelas, que vengan a escribir de otra manera lo que de lo contrario sería algo que simplemente se tragaría la selva.

Su caso, señor coronel, es tal vez el más célebre y representa el de muchos colombianos que están a la espera de una escritura, de una “carta en sufrimiento” que venga a redimir algo de su historia, a restablecer su dignidad de sujetos. No es una

36. *Ibid.*, pág. 242.

37. *Ibid.*, pág. 24.

38. *Ibid.*, pág. 154.



Manuel Mejía Vallejo

simple misiva lo anhelado, es la posibilidad de salir del mero registro en la contabilidad de una economía aniquilante, del conteo de los bienes y del repudio a las mujeres; es la búsqueda de un espacio para inscribir la vida y la muerte más allá de la repetición constante de los mismos padecimientos que toman dimensiones sociales. Que el suyo sea un caso literario no obsta para que encontremos en él, junto con otros de nuestras letras colombianas, las luces que nos obligan a tomarlo de manera literal. Fue esta lectura la que me movió a escribirle estas líneas; espero no haberlo importunado con ellas y que comprenda lo que me animó a presentarle la interpretación que en mí suscitó la suya.

Con respeto y afecto:

Mario Bernardo Figueroa Muñoz

Bibliografía primaria

GARCÍA MÁRQUEZ, G., *El coronel no tiene quien le escriba*, Santafé de Bogotá, Editorial La oveja negra, 1994.

———, *Cien años de soledad*, Santafé de Bogotá, Editorial La oveja negra, 1994.

MUTIS, A., *La nieve del almirante*, Santafé de Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1994.

RIVERA, J. E., *La vorágine*, Santafé de Bogotá, Editorial La oveja negra, 1984.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Editorial Espasa Calpe S.A., 1992.

Bibliografía secundaria

Sobre el concepto de “entre dos muertes”, ver LACAN, J., *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1988, págs. 324 a 343.

Sobre el problema de los ritos postergados, ver LACAN, J., *El deseo y su interpretación, lección del 22 de abril de 1959*, texto inédito.

De su Señoría el Ministro de Relaciones
Exteriores.

Numerosas ocupaciones me han impe-
- dido hasta hoy verificar mi viaje a
Caracas y tomar posesión del destino
de Secretario de la Legación de Colombia
en aquella Ciudad, con que el Supremo
Gobierno me honró al hacer con nombra-
- miento por decreto de 5 de Mayo 1900.
Por esa causa me permito solicitar
muy respetuosamente de su Señoría
una prórroga de Cuarenta días, del plazo
concedido por la ley para tomar posesión
de mi destino.

En espera de una resolución
favorable tengo el honor de repetirme
de su Señoría

Atto y S. S. L. D. S. M.,

José A. Silva

José A. Silva